

Primer libro serie *Los Ioanoo*



Cuarenta semanas

MELANIA BERNAL COBARRO



Nova Casa Editorial

Publicado por:

www.novacasaeditorial.com

info@novacasaeditorial.com

© 2020, Melania Bernal Cobarro

© 2020, de esta edición: Nova Casa Editorial

Editor

Joan Adell i Lavé

Coordinación

Sílvia Vallespín y Noelia Navarro

Portada

Mireya Murillo Menéndez

Maquetación

Natalia Sánchez Visosa

Revisión

Nathalia Tórtora

Primera edición en libro electrónico: Abril 2020

ISBN: 978-84-17142-41-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Melania Bernal Cobarro

***Cuarenta
semanas***



Nova Casa Editorial

[SEMANA 1](#)

[SEMANA 2](#)

[SEMANA 3](#)

[SEMANA 4](#)

[SEMANA 5](#)

[SEMANA 6](#)

[SEMANA 7](#)

[SEMANA 8](#)

[SEMANA 9](#)

[SEMANA 10](#)

[SEMANA 11](#)

[SEMANA 12](#)

[SEMANA 13](#)

[SEMANA 14](#)

[SEMANA 15](#)

[SEMANA 16](#)

[SEMANA 17](#)

[SEMANA 18](#)

[SEMANA 19](#)

[SEMANA 20](#)

[SEMANA 21](#)

[SEMANA 22](#)

[SEMANA 23](#)

[SEMANA 24](#)

[SEMANA 25](#)

[SEMANA 26](#)

[SEMANA 27](#)

[SEMANA 28](#)

[SEMANA 29](#)

[SEMANA 30](#)

[SEMANA 31](#)

[SEMANA 32](#)

[SEMANA 33](#)

[SEMANA 34](#)

[SEMANA 35](#)

[SEMANA 36](#)

[SEMANA 37](#)

[SEMANA 38](#)

[SEMANA 39](#)

[SEMANA 40](#)

[EPÍLOGO](#)

[ESPECIAL I](#)

[ESPECIAL II](#)

[ESPECIAL III](#)

Para aquellos que creyeron en mí.

lectuepubgratis.com

Nota de la autora

Permíteme darte la bienvenida a la segunda edición de *Cuarenta semanas*.

Yo tenía apenas dieciséis años la primera vez que me senté frente al ordenador para escribir el borrador de esta historia. Por ese entonces, mi único objetivo era plasmar por escrito la idea de una chica que queda embarazada por accidente y que, a partir de ese momento, debe afrontar un mundo repleto de problemas, de responsabilidades y de peligros que nunca creyó que debería soportar. Y no me refiero solo al hecho de convertirse en madre —no te preocupes, no haré ningún *spoiler*—.

Jamás imaginé que esta novela llegaría a las manos de aquellas personas que han estado conmigo desde el inicio, pendientes de mis actualizaciones, animándome y apoyándome a cada paso del camino. A ellos les agradezco por ser partícipes de mi historia. Y es también por ellos que decidí hacer algo especial para esta segunda edición.

Cuarenta semanas continúa siendo la misma historia, pero tiene muchos detalles diferentes y algunas escenas nuevas, además de una narración mejorada y de sorpresitas que muchos no esperarán leer (no le cuentes a nadie que al final de esta novela he agregado tres capítulos extras completamente nuevos, ¡guárdame el secreto!).

Mi yo del presente, esa escritora de veintiún años cuya cabeza solo piensa en transformar ideas en novelas, ha querido editar esta historia, manteniendo la esencia que mi yo del pasado le dio en su momento. Te cuento, ya que estamos, que he decidido tomarme ciertas licencias en cuanto a aspectos de las ciudades mencionadas a lo largo de la novela y sus características varias; lo he hecho así a efectos de la trama.

Sin más, espero que disfrutes de la lectura y que puedas olvidarte de los problemas mundanales para sumergirte en la historia de Catherine.

«El mayor error del ser humano es intentar sacarse
de la cabeza aquello que no sale del corazón».

MARIO BENEDETTI

SEMANA 1



Catherine

Miré el *test*.

El *test* me miró a mí.

Bueno, no lo hizo realmente, pero lo sentí de aquella forma. Las caritas sonrientes me contemplaban como si fueran a romper la minúscula pantalla para abalanzarse sobre mí en cualquier momento. Apoyé la espalda sobre los fríos azulejos de la pared del cuarto de baño y dejé que mi cuerpo resbalase hasta que mi trasero impactó contra el suelo húmedo. No estaba así por la suciedad, sino porque había tomado una ducha hacía menos de diez minutos. El aparato de plástico cayó sobre mi regazo, seguido de mis manos, que se asemejaban a las de un muerto debido a mi entumecimiento.

—Esto no puede estar pasándome —musité con un hilo de voz.

Sin pensarlo, descansé la palma de mi mano sobre mi vientre plano.

Una nueva vida crecía en mi interior y no podía hacer nada para evitarlo. Bueno, en realidad sí estaba en mis manos el poder para ponerle fin. La idea de presentarme en una

clínica para eliminar mi equivocación se antojaba, al mismo tiempo, como mi solución y como mi tormento, pero era una opción más descabellada que la situación en sí. Habría deseado que la oscuridad me engullera durante los nueve meses siguientes. Tal vez incluso por más tiempo. ¿Cómo continuaría en la universidad con una barriga que aumentaría de volumen semana tras semana? Me había costado forjar las escasas amistades que tenía... ¿Qué iban a pensar sobre mí?

—Catherine —me llamó Alexia desde el otro lado de la puerta.

No pude responderle debido al estado de shock en el que me hallaba. Lo único en lo que pensaba era en que estaba embarazada. Yo, embarazada con apenas diecisiete años. ¿Cómo saldría adelante? Ahuequé mis manos y escondí el rostro entre ellas. Pensé que, quizá, me encontraba todavía en mi cama, en medio de una pesadilla que pronto acabaría.

Pero no era así, la voz de Alexia llegó a mí con el peso de la realidad casi al instante.

—¿Qué pone? ¡Catherine! —exclamó ella mientras golpeaba la madera.

Retiré los mechones cobrizos que cubrían mi frente y los deslicé por detrás de mis orejas. No encontraba mi voz para contestarle ni tampoco suficiente fuerza de voluntad como para incorporarme. Todavía recordaba cómo este desastre se había producido:

Había sido exactamente siete días atrás, en la noche de la fiesta de compromiso del célebre Dimitri Ivanov, actual heredero de la industria Ivanov's House of Cars.

Su padre le había cedido una importante cifra de capital para que él festejara por todo lo alto sus días finales como un joven imprudente y libertino porque, a pesar de que Dimitri estaba a punto de cumplir los veintisiete años, seguía comportándose como cualquier adolescente. Supongo que a nadie le gustaría recibir la inmensa responsabilidad de dirigir una empresa sin gozar de tiempo para sus quehaceres personales. E incluso si ese puesto iba a proporcionarle más riquezas, Dimitri desechaba la idea de decir adiós a sus fiestas semanales.

Esa noche yo trabajaba para él a petición de mi otra amiga, Svetlana.

Había accedido solo por la cuantiosa cifra de dinero que ofrecían por participar como camarera; precisaba de ella para pagar el primer año de mis clases.

La universidad a la que yo asistía —Universidad de Columbia, Nueva York— estaba dividida en dos cuatrimestres. El primero de ellos ya había concluido, por fortuna, con las cinco asignaturas aprobadas. No podía asegurar lo mismo sobre el que estaba a punto de iniciar.

Gracias a mis calificaciones del instituto y a los esfuerzos invertidos entre las páginas de los libros de texto, había conseguido adelantar un curso. Y, según el rector de la universidad, no podían dejar pasar la oportunidad de contar con una alumna cuyo expediente fuese tan sobresaliente como el mío.

Sostuve la cabeza entre ambas manos en silencio. Sin responderle a Alexia, rememoré la noche en la que cometí el error.

—Me estoy arrepintiendo de haber aceptado —refunfuñé al mismo tiempo que aplicaba más brillo dorado sobre la

piel desnuda de mis brazos.

—Asistes a una fiesta por año, Catherine —respondió Alexia, mi mejor amiga.

A ella la conocía desde los dos últimos cursos del instituto y, con el paso de los años, había demostrado ser alguien excepcional. Pese a no cursar los mismos estudios universitarios, compartíamos en esos momentos el dormitorio de la residencia. ¡Otro pagamento que sumar a mi lista!

—Corrección: estuve en la celebración de tu último cumpleaños —dije.

—Y lo pasaste estupendo.

Puse los ojos en blanco ante su no tan errónea contestación.

Terminé de restregar el maquillaje por mi cuerpo y cerré el frasco de purpurina. No me agradó en lo más mínimo el uniforme seleccionado por el anfitrión, pero mi opinión era inválida porque me pagaban por lucirlo. Me puse en pie para alcanzar las puertas del armario donde guardaban las perchas repletas de chaquetas. Estaban etiquetadas porque éramos demasiadas chicas y no todas compartíamos talla. Busqué la mía con aire distraído mientras anudaba los dedos en la trenza de espiga que Alexia me había realizado.

Me repetía una y otra vez el motivo por el que había aceptado el trabajo, como si ello fuese capaz de aportarme el coraje y el valor que yo tanto necesitaba.

El gobierno otorgaba becas anuales a los estudiantes con calificaciones sobresalientes —como yo—, pero no cubrían el pago del curso íntegro. Como mis padres no se podían permitir la inversión de más capital en mí desde que mi hermano se mudó a California City para encontrar un pues-

to de trabajo, yo me he visto obligada a buscar pequeñas ocupaciones temporales en tiendas para compensar el precio excesivo de la matrícula.

Por fortuna, mis padres pensaban que me encontraba en casa de Alexia esa noche y no sospechaban cuál era mi verdadera ubicación.

Me puse la chaqueta, la remangué a la altura de los codos para mostrar el brillo que con tanto ahínco me había aplicado y eché un vistazo a la cabellera rubia de Alexia. Ella seguía ensimismada con el pintalabios, buscaba el ángulo que le permitiera deslizar la barra escarlata por la parte superior.

—Chicas, es vuestro momento —anunció el coordinador.

Asomé la cabeza por las cortinas que separaban el salón de festejos de la sala trasera. Al otro lado distinguí hombres. Muchos hombres. Incluso me atrevería a afirmar que ninguno había llevado consigo la compañía de una pareja.

Svetlana nos había ofrecido el trabajo como ayuda económica, pero también porque nos encomendó una tarea de vital importancia: vigilar a su prometido y evitar que él llevase a cabo acciones de las cuales se lamentaría al amanecer.

—Ya vamos —respondió Alexia.

Conforme salíamos, nos entregaban una bandeja con copas de Martini y de otras bebidas que ofreceríamos a los invitados. Sobre la que me correspondía a mí diferencié una repugnante mezcla de alcohol, en especial de vodka, ron y bourbon.

Sin lugar a dudas, una copa de esos tragos era suficiente para emborrachar a alguien.

El salón había sido decorado por una compañía especializada en despedidas de soltero, así que no me sorprendió ver a una mujer en ropa interior contonear las caderas sobre el escenario; frente a ella se situaba un numeroso grupo de individuos. Pasé de largo, haciéndome camino con muchas disculpas y procurando no perder el equilibrio a causa de los tacones. Globos azulados pululaban de una dirección a otra, lo que significaba un riesgo para las bebidas de mi bandeja, que podrían ser desparramadas sobre uno de los invitados ante el más mínimo error. Las luces de colores se desplazaban a través de un sistema minuciosamente instalado que recorría el techo para perseguir al protagonista de mis pesadillas: Dimitri Ivanov.

El chico, de cabello rubio como caramelo y ojos avellana, encajaba con el prototipo de hombre que revolucionaba las hormonas de cualquier ser humano, hombre o mujer. La mandíbula cuadrada, los labios gruesos y la nariz perfectamente alineada con el resto de sus rasgos sumaban incluso más puntos a su favor.

Yo lo había conocido durante mi estancia en el campamento de verano al que asistí en calidad de alumna dos años antes; el instituto había ofrecido las plazas sin costos adicionales y nadie las rechazó. Por el contrario, Dimitri había participado como el flamante monitor que salvaba a las jóvenes de falsos calambres y ahogamientos. Nunca supe qué lo había impulsado a trabajar allí cuando disponía de la industria de su padre en la palma de su mano.

No volví a ver a Dimitri tras ese increíble mes en el campamento. Inicé la universidad, me centré en mis estudios y me olvidé de su existencia.

Hasta esa noche.